



Diamanda Galás en su apartamento. Fotografía de Miguel Huezco Mixco.

“...el poema corría por el mundo en boca de esta mujer ante la cual me presenté como un resucitado una vez.”

Crónica en primera persona del encuentro del poeta e intelectual salvadoreño Miguel Huevo Mixco con la cantante y compositora Diamanda Galás. Cómo surgió la amistad entre ambos a partir del uso que la iconoclasta artista de raíces griegas hiciera de uno de los poemas de Huevo Mixco, creyendo muerto al autor.

Mi muerte y Diamanda Galás

Miguel Huevo Mixco ■

I.

El Día de Muertos del año 2000, Diamanda Galás ingresó al Claustro de Sor Juana Inés de la Cruz de la Ciudad de México. El programa de esa noche incluía una selección de poemas provenientes de los cuatro continentes, acompañados al piano y cantados en sus lenguas originales por la artista. Entre los poemas figuraba uno titulado “Si la muerte...”.

Una crónica periodística indica que, antes de cantarlo, la artista explicó que ese poema fue escrito por “un poeta de América del Sur muerto en la guerra”, y de quien no sabía nada más que su nombre y apellido. He tenido la fortuna de escuchar la grabación de ese poema, del cual soy el autor, sacudido por el golpeteo de los dados del azar. Ese azar que, primero, me permitió sobrevivir a la muerte que aquel poema intentaba conjurar. Y que luego me permitió enterarme de que el poema corría por el mundo en boca de esta mujer ante la cual me presenté como un resucitado una vez.

¿Cómo llegó ese poema a sus manos? ¿Cómo me enteré de estos hechos? Esta es la historia.

En el curso de una conversación que tuvo lugar a mediados del año 2000, un grupo de estudiantes de letras me pidió copia de las críticas sobre mis poemas. Aunque estaba seguro de que hay poco o casi nada escrito sobre mis libros, me comprometí a recoger lo que encontrara por allí. La red es un misterio. Uno se encuentra cosas...



Diamanda Galás en su apartamento. Fotoilustración de Renato Mira sobre fotografía de Miguel Huezo Mixco.

En efecto, *gugleando* me encontré con una alusión insospechada. Mi nombre figuraba en la reseña del mencionado concierto de la artista greco-norteamericana Diamanda Galás en México. Esa presentación de la Dark Diva, como le llaman, era parte de un ciclo de conciertos que contaba con la presencia de Philip Glass y Madredeus.

La crónica hablaba de su interpretación de "Si la muerte...", y de la historia del poeta muerto, etc. Me quedé atónito al saber que

ese olvidado poema mío formaba parte de un disco de aquella artista. Líneas abajo me di cuenta de que mis olvidados versos habían sido grabados en vivo por Galás en un concierto en Milán. La información detallaba que en el CD aparecen también un poema de Charles Baudelaire y otro de Pier Paolo Pasolini. Cuando, años más tarde, tuve en mis manos el disco, supe que Galás también ha grabado poemas de Paul Celan y Jorge Luis Borges.

Jamás imaginé lo que la suerte le había deparado a ese poema

en el que intentaba escurrirme de los acechos de la muerte, y que escribí al final de mi adolescencia, recién salido del colegio, cuando la guerra parecía tan improbable.

¿Cómo llegó a sus manos el poema? Los dados fueron tirados por una pareja de amigos. Claribel Alegría y Darwin Flakoll prepararon una antología bilingüe de poesía salvadoreña que fue publicada en Estados Unidos en los años de la guerra civil. Aunque parezca increíble, nunca supe de la existencia de ese libro sino hasta octubre de 2004, cuando asistí a la conmovedora lectura de poemas de Claribel en la capilla de St. Paul, en la Universidad de Columbia.

La presentación estaba acompañada de una pequeña exposición de sus libros. Allí me topé con el libro y mi poema. Esa noche, mientras cruzábamos el campus con Mauricio Chávez y George Yúdice, buscando la estación del metro, pensaba que había conseguido aprehender una pieza clave en aquel *puzzle* de vida y poesía.

La pieza principal, sin embargo, encajaría horas más tarde, la noche del 14 de octubre, en el East Village, cuando me presenté con credenciales de resucitado en la puerta del apartamento de Diamanda Galás.

2.

Se me viene a la memoria una de esas noches en que el amor y el desamor se trenzan a puntapiés en tu propia cama. Encendí mi viejo CD *player*. Puse a sonar "*Maledictions and prayers*" (Maldiciones y ruegos), de Diamanda Galás. Entre cabuyas y vasos, apareció de nuevo su

insólita voz, rasgada, perturbada, y su piano. Me remonté a la tarde en que subí a un taxi con rumbo a la 12 avenida, en Nueva York, para conocerla.

Nuestro primer encuentro con la Dark Diva se había frustrado en una ocasión, en julio de 2002. Esa vez, el escenario escogido por el azar era Medellín, durante el Festival Internacional de Poesía. Diamanda fue invitada a participar en las actividades artísticas del mayor evento de poesía del continente. Para entonces, teníamos una amistad cultivada a través del correo electrónico. Los organizadores me pidieron que la animara a concurrir a esa ciudad asediada por la violencia, para cantar, entre otras piezas, mi poema. No necesité convencerla.

El primer intercambio de notas entre nosotros había ocurrido un día de julio de 2001, casi inmediatamente después de enterarme en la web de que mi poema "Si la muerte" había sido grabado por ella. Esa vez, como impulsado por una descarga, le escribí: "No estoy muerto". Horas más tarde, recibí una respuesta en donde alguien me decía que la artista iba a escribirme directamente. Creo que mi júbilo de sobreviviente fue mal entendido. Cuando recibí el correo de Diamanda, me di cuenta de que estaba boquiabierto. "Esta es como una visitación de un hombre-muerte", me escribió en su español. También percibí en ella cierta preocupación por el asunto de los derechos del poema. Pronto le disipé esas preocupaciones y comenzó nuestra amistad. Y mi admiración por ella. Respeto su compromiso con campañas a favor de los derechos de las personas

que viven con sida. La fotografía donde aparece desnuda en una cruz, en medio de las llamas, ha hecho que muchos se santigüen. Pero debajo de sus polémicos *performances* vive una mujer sumamente compasiva. Uno de sus discos es una conmovedora cantata sobre la matanza del pueblo armenio, grabado con la participación del poeta Adonis.

Horarios, programas: desencuentros. Nuestra proyectada cita en Colombia no fue posible. Diamanda cantó unos días antes de mi llegada y volvió a Nueva York.

“**Esta es como una visitación de un hombre-muerte’, me escribió en su español. También percibí en ella cierta preocupación por el asunto de los derechos del poema.**”

Así, llegué a Medellín precedido de cierta celebridad. La inauguración del Festival en el cerro Nutibara fue electrizante. Pero, en lo que a mí respecta, muy pronto decepcioné al público. Carezco de *glamour*.

Encima de todo, Medellín se convirtió en el escenario de un romance que me apartó de esos ceremoniales, tan propio de las reuniones entre poetas, de lanzarse azúcar, cuando no es mierda. Una noche, durante una lectura que hice en el municipio de Bello, algunas personas pidieron a voz de cuello que leyera "Si la muerte". "Es culpa de Diamanda", pensé

con gratitud aunque con cierto fastidio. Les dije la verdad: no traía conmigo el poema. Para mi sorpresa, alguien del público me procuró una copia. Cuando leí en voz alta aquel poema de mi adolescencia, me descubrí evocando la difícil interpretación de Diamanda Calás. Después de los anisados, cuando volvíamos a Medellín, explotaron dos bombas. Era la guerra, con otro de sus antifaces.

3.

Nueva York, octubre de 2004. Mi estadía en la Gran Manzana estaba terminando y no quería regresarme sin mirar a Diamanda Galás. Ella sabía que yo iba a estar en la ciudad por unos pocos días. La llamé. Contestó ella directamente. "¿Diamanda?", dije. "Tú eres Miguel, ¿no es cierto?", contestó, arrastrando las erres.

Cuando le dije dónde me encontraba, nos dimos cuenta de que estábamos muy cerca. Intentamos cuadrar una hora y un lugar. No fue fácil. Diamanda tenía ensayos. Yo asistía a un evento en la Universidad de Nueva York. Quedé en volver a llamarla para encontrarnos, pero esa noche la calle me embrujó. Nos encandilamos con unos amigos en un bar irlandés donde toda la gente aullaba y bebía mirando en los televisores un partido entre los Yankees y los Medias Rojas. Y falté a la cita.

El 14 de octubre, una fría lluvia otoñal se lanzó sobre la ciudad. Volví a llamarla. Yo tenía un par de horas antes de un compromiso inaplazable. Le dije que en ese momento iba para su apartamento. Me dictó la dirección y salté a



Dysfunctional cup (lápiz de color, plumón, collage), Guillermo Araujo.

Washington Square a buscar un taxi. En el East Village encontré el edificio. Subido en el ascensor, vi que no había un botón para el octavo piso, el lugar de su apartamento. Bajé en el séptimo y subí por las escaleras casi a saltos. Al empujar la pesada puerta de acceso al pasillo, me la encontré esperándome. Allí estaba la Diva Dark. Cabello largo y lacio. Nos dimos un abrazo y entramos. En su apartamento reinaba un colosal desorden. Discos, papeles, partituras, muchos discos, amplificadores, conexiones, casetes y más papeles. Ropa. En las paredes, carteles de sus conciertos. Caminé por el cuarto ante la mirada impertérrita de una gata que salió a mirarme

con desdén. Su piano, un viejo piano, parecía una balsa en aquel desconcierto. Por una ventana alcancé a mirar, a lo lejos, el puente de Brooklyn como un Gulliver atado por los enanos. Me hizo espacio en un ángulo de un sofá negro. Ocupó el banco del piano para sentarse frente a mí. Aunque en la habitación casi no había luz, Diamanda no se quitó las gafas negras. "Bueno, aquí estamos", me dijo. Comenzamos por hablar del azar. Nadie sino él podía juntar a esos dos extraños. Desde luego, reímos de mi muerte. Reímos de nuestras vidas. Me contó que pasaba por una mala racha. Le habían suspendido algunos conciertos, inclusive uno para México.

Repentinamente, enfureció y dijo palabrotas como un microbusero. Pero pronto retornó a nuestra conversación: la poesía, la música, Iraq, El Salvador... Así pasó el tiempo. Miré el reloj. Debía volver. Le pedí que se sentara conmigo para hacernos unas fotografías. Risas. Uno, dos *flashazos*. Me senté al piano y le pedí que me tomara una foto. *Flash*. Hice una, dos más, de ella misma, al piano, sin sus galas teatrales, así como es: tremenda artista, tremendamente vulnerable, tremendamente fuerte. El tiempo se terminó. Nos despedimos. Me dijo "muchas gracias" en su español, y yo también, en mi inglés. En unas décadas, esas dos lenguas se mezclarán para darle un nuevo esplendor a nuestra poesía. Ya lo verán. "Adiós", le dije con la mano. Nos dimos otro abrazo. "Heeey, gracias", le dije. Detrás de aquellas gafas impenetrables, guiñó un ojo.

La ciudad estaba fría, como la tumba donde yace mi amigo. Existen pocas cosas más melancólicas en el mundo que salir a la calle en una noche de lluvia en otoño en Nueva York. Un atardecer en Arcatao, por ejemplo.

Notas

- I El autor hace alusión al libro de Malcolm Lowry: *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo*. (N. de la R.)